



## El liberalismo es pecado

A este gobierno se le llamó paño de lágrimas. ¿Pero lágrimas de arrepentimiento? ¿De atrición siquiera, ya que no de contrición? Porque la contrición supone una exquisita religiosidad de espíritu, y esa...

El patriotismo también puede y debe ser religioso. Religioso y no deportivo. Porque hay, en efecto, una religión de la patria, como hay un deporte de patriotismo. Cabe jugar — ¡sacrilego juego! — a hacer de primer patriota. Porque todo eso de hacer de primero es deporte. Y deporte nerontano, o sea histriónico.

Religión de la patria. Cromwell pudo disolver un Parlamento en el nombre de Dios y erigir, con ayuda de las armas de los motilones, un poder personal. Pero Cromwell y sus motilones creían en Dios, también a Dios y aborrecían el pecado. Los dados estaban proscritos de las filas de los motilones. Como el general carlista Lizárraga podía dar su... «viva Dios!», Lizárraga no llevaba consigo amigas mercenarias.

¿Y qué bien les dijo a los carlistas el obispo de Urgel, Caixal, cómo fué la ira de Dios y no los batallones de Espartero lo que en la guerra de los siete años les echó contra la frontera francesa. Porque es la ira de Dios la que suele en ciertos casos deshacer los ejércitos.

Ellos, los carlistas, veocaban «Dios, Patria y Rey»; pero su Dios lo era de pique; no era Dios. El carlismo castrense y montañés tomó a Dios de tercero, aunque le quisiese, por mera cortesía, el primero en el lema.

Y téngase en cuenta que desde la muerte de Alfonso XII, y con su muerte la de la llamada Restauración, España ha estado sometida a un proceso de «carlistización». Es el carlismo el que ha venido dominando desde entonces. Y hasta en las situaciones llamadas liberales. El instinto — no nos atrevemos a llamarle espíritu — carlista es el que viene regiendo a España desde hace treinta y cinco años; el instinto que representó don Carlos de Borbón y Este, el de Laibach, el austriaco. Y del peor austriacismo, del que chupaba en Italia, del que dejó para siempre señalado Silvio Pellico, del que odió Carducci. Austriacismo gazmoño a las veces, religioso nunca. Y tampoco patriota. Patriota no, sino patrimonial.

Instinto carlista incivil y faccioso es el que atiza lo del desquite y los de defenderla y no enmendarla; instinto carlista

el que fomenta esa patriotería troglodítica del «porque sí». (¿No se acuerdan de aquello de que es valiente «porque sí?»)

Esa filosofía (??) del «porque sí», o de «porque me da la real gana», o de «porque me sale de... etc.», esa filosofía archiortodoxa, la del cabecilla guerrillero «¡No importa!», la del tío de pelendengues, filosofía medular y no cerebral, de movimientos reflejos de rana decapitada, esa es la filosofía que informa la intimidad de nuestra política oficial. Su alto Consistorio, su Sanedrín es la Empresa de Maese Pedro y Compañía, de Ginesillo de Parapilla y consortes, es la Camarilla. Y la Camarilla es fundamental e íntimamente de tradición carlista. ¿De qué Carlos?

Algo acaso de Carlos I, el Habsburgo, el de Gante, el hijo de la Loca, el enemigo de los comuneros; pero más de Carlos II, del Hechizado, del hijo de doña Mariana, y luego, saltando por el III y el IV, de los otros, de los pretendientes, del V, Carlos María Isidro, y del VII, del que en sus efímeras victorias sobre el Borbón de España recibía felicitaciones de Austria, de la Austria conventual y antiliberal. Todo ello carlismo.

¿Y qué caro ha costado y cuesta el carlismo a España! Que no fué vencido en Vengara en 1840, ni lo fué luego, en 1876, ni lo fué en 1898.

Cuando éramos niños y oíamos sobre nuestras cabezas estallar las bombas en nuestra invicta villa de Bilbao, toda nuestra concepción de la historia de España se reducía a la de una guerra civil entre liberales y carlistas. Han pasado ya cuarenta y siete años desde que vimos — ¡qué día aquél! — la entrada, el 2 de mayo, de las tropas libertadoras; las de los liberales. Después se proclamó que el liberalismo es pecado y que el ser liberal es peor que ser adúltero, blasfemo o asesino. Y hombres dados al vino, a las mujeres o al juego, o a todo ello a la vez, pregonaban la cruzada contra el liberalismo. La herejía era el único crimen.

Y todo se enlaza; la patriotería tradicionalista y no religiosa; Dios como tapadera; la tolerancia con los tres vicios clásicos; la filosofía del porque sí; el patrimonialismo... Y todo ello es el sustento de la Camarilla.

Y así hemos visto últimamente crecer con la servilidad, con un imperialismo de zarzuela, con un pretorianismo de sainete y con una patriotería de capea el desenfreno de la timba, de la taberna y de la mancebía. Los chulos de más alto o de más bajo rango y los aficionados a la chulería, amos del cotarro, y mangoneando tras la desgarrada y andrajosa cortina.

Miguel DE UNAMUNO.